

VIVO EN CUBA Y ÉSTA ES LA REALIDAD QUE MÁS ME DUELE

De una charla con Arturo Arango sobre la cultura, el socialismo y la revolución

Ute Evers

Esta charla nació por la necesidad de darle la palabra a un cubano del «interior» de la isla en la prensa alemana, y su contexto no pudo ser más singular: se realizó mientras estallaban las tormentas provocadas en meses pasados por las represiones en Cuba contra más de 75 opositores.

Arturo Arango (Manzanillo, 1955), escritor, ensayista y jefe de redacción de *La Gaceta de Cuba*, publicó en 1989 su primer libro de cuentos, *La vida es una semana*. A pesar de que esta primera publicación es relativamente tardía refleja, sin embargo, algo muy común a los autores nacidos en los años 50. Con este cuento se ubica junto a escritores como Senel Paz, Leonardo Padura, Abilio Estévez, Reinaldo Montero o Miguel Mejides, en la llamada «nueva cuentística cubana» que empieza a concentrarse en el lenguaje y el cultivo de ciertos estilos dramáticos, apartándose definitivamente del modo testimonial de la literatura de los años 60 y 70 cubanos.

Aunque todavía no tiene fuera de Cuba la presencia de otros escritores cubanos del exilio, Arturo Arango viene abriéndose cada vez más espacios. Cabe destacar, entre otros, la realización cinematográfica de su cuento *Lista de espera* (dirigida por Juan Carlos Tabío) en 2000 y su gran acogida en España y Francia, la publicación de su novela *El libro de la realidad*, que primero apareció en España (Tusquets, 2001) y luego en Cuba (Letras Cubanas, 2002) y, más recientemente, el otorgamiento del Premio de Novela de Casa de Teatro 2003, en la República Dominicana (concedido a escritores de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana), a su novela *Muerte de nadie*, de próxima aparición.

En la siguiente charla Arturo Arango nos habla, siempre desde su obra literaria, de la cultura, el socialismo y la revolución cubanos, y del papel que el escritor tiene o debería tener dentro de un mundo altamente politizado.

UE: *¿Cuál es o/y debería ser, según tu punto de vista, el papel del escritor en un mundo donde la política ya*

Eduardo Abela Nieto (Cuba)



no tiene respuestas a las preguntas que verdaderamente preocupan al hombre?

AA: Es una pregunta para la que no tengo respuestas, porque las que tengo, las que uso, acaso sean demasiado íntimas, o precarias. El problema está, a mi juicio, en que todavía la cubana es una realidad donde la literatura, o el arte en general, parecerían ofrecer respuestas que pueden ser útiles a la política. Hay dos maneras de comprobarlo. La primera es el enorme celo con que el Estado cuida el arte y la literatura. Uso la palabra cuida en todas sus acepciones posibles. Los protegen, los amparan, les crean espacios, y también los vigilan, intentan dominar su influencia, evitar en lo posible que obras que puedan diseminar ideas contra el proyecto sean conocidas, y sobre todo usarlos como instrumentos. Si el cuidado es real (y yo siento todos los días que es real), entonces eso significa que lo que digan las obras, y la palabra de los escritores y artistas, tiene aún cierta importancia. La otra manera de

comprobarlo es viendo cómo el público recibe obras que tratan sobre aspectos difíciles del contexto cubano. (Recientemente se ha estrenado en La Habana un documental titulado *Suite habana*, de Fernando Pérez, un importante realizador cubano. Es un día en la vida de un pequeño grupo de personas comunes. El factor que enlaza esas vidas es la enorme distancia que media entre sus sueños y las dificultades y miserias de su cotidianidad. Lo que aparece en pantalla, hermosamente fotografiada, es la realidad del día a día del cubano de a pie. Y ese documental que, por otra parte, no es una película de acción, ni de humor, ni presenta romances apasionados, cuyo *tempo* es lento, que no tiene diálogos, ha encontrado una extraordinaria recepción por parte del público.) Lo patético del caso cubano es que es un modo de comprender la cultura en vías de desaparición. Cuba es una excepción, y lo que ocurrirá en los próximos años no será que el mundo se parezca más a Cuba, sino que Cuba se parezca más al mundo.

Ahora voy a tratar de acercarme más a tu pregunta. Lo común, en el mundo de hoy, no es sólo que la política no tenga respuestas a las preguntas que preocupan al ser humano, sino que el diálogo entre la política y el arte y la literatura parece estar roto. Insisto: Lo excepcional es que los políticos se desvelen por ese librito que acaba de aparecer y que cuenta de lo mal que anda el mundo. Los políticos creen (y tal vez tengan razón) que ese librito no cambiará nada, no tendrá ninguna efectividad contra los enormes poderes que ellos detentan. Yo nunca he creído que un libro puede cambiar al mundo, ni a un sistema, ni a un gobierno. Incluso, si un libro pudiera cambiar a un gobierno, de seguro sería un mal libro. Un libro puede dejar una huella en las personas, en los individuos. Fíjate que no hablo de cambios, sino de huellas: una marca mínima, un recuerdo, apenas consciente. Parecería una acción demasiado pequeña, sobre todo teniendo en cuenta lo terrible de esas preguntas que el ser humano de hoy tiene pendientes. Pero acaso esas respuestas siempre hayan sido más efectivas, a largo plazo, que las que han ofrecido los políticos (que, por otra parte, muy pocas veces han encontrado respuestas que valgan la pena). Tratemos de recordar a tres políticos que ofrezcan para hoy la sabiduría que nos dejaron Shakespeare, Goethe o Cervantes. Yo no recuerdo a ninguno. El cubano José Martí, que fue escritor y fue político, dejó una obra extraordinaria, que aún hoy tiene mucho que decir, y no sólo a los cubanos. Pero esa obra extraordinaria es, sobre todo, la de un escritor. Las dudas, los desconciertos, la piedad que hay en José Martí pertenecen mucho más al escritor que al político. Ahora sí trataré de contestarte: el escritor debe encontrar sus respuestas. Si llega a dar con alguna, siempre habrá un lector que lo agradezca.

UE: *En la novela El Libro de la Realidad está también presente la política cubana de los años sesenta –aunque, no hay que engañarse, a veces los problemas individuales se sobreponen a ésta–: Un grupo de jóvenes de diferentes capas sociales se entrena secretamente para una revolución. El anónimo protagonista domina a los jóvenes y los lleva, al final, a la tragedia: la muerte de su compañero Rolando y el fracaso absoluto de su revolución. Y es más: En el epílogo nos dice el narrador cuál ha sido el destino de los demás: todos han roto con los ideales de aquella época. ¿Qué fue lo que ha fracasado, el concepto o el ser humano?*

AA: Yo creo que fracasó el concepto. Primero, porque idealizó una perfectibilidad del ser humano totalmente irrealizable, a mi juicio. Las pasiones humanas (el odio, el amor, el egoísmo, la ambición...) no tienen nada que ver con la lucha de clases ni con las relaciones de producción. El ser humano es el mismo, de la Atenas de Pericles a hoy. ¿Recuerdas aquella frase de Marx, en la que se sorprendía de que la tragedia griega moviera las emociones de los seres humanos tantos siglos después? La respuesta era demasiado sencilla, evidente: los sentimientos, las pasiones, no han variado sustancialmente en estos siglos. Y no creo que varíen en el porvenir.

Pero, simplificando mucho las cosas, tengo la certeza de que el fracaso fundamental del concepto tuvo que ver con el poder. Te repito, estoy simplificando: lo terrible del capitalismo es que un pequeño grupo de personas con mucho dinero decida los destinos de millones de seres humanos que tienen mucho menos dinero. Es un problema de poder. Un humorista cubano dijo una vez una frase que luego se ha repetido muchísimo (como toda frase que encierra verdad): el socialismo es una obra con un excelente guión y una pésima puesta en escena. Entre otras cosas, la puesta en escena fue mala porque no se resolvió la cuestión del poder. En el guión, el poder es del pueblo. Sobre el escenario, el poder lo ha tenido un grupo de personas que en un primer acto (y no importa cuán extenso haya sido ese primer acto) pudo haber gobernado en nombre del pueblo, confrontando sus decisiones, consensuándolas, pero que terminó gobernando en nombre de sí mismo, imponiendo sus decisiones, apelando al consenso pasado, o a los restos de ese consenso. Permanecer en el poder importó más que encontrar fórmulas para que el poder representara, en lo posible y de manera efectiva, real, a esa mayoría en nombre del cual se gobierna. Y yo creo que lo terrible es que aún la humanidad no ha resuelto el problema del poder. Incluso yo te diría que es un problema que hoy mismo parece más agudizado, más crítico, que cuarenta años atrás.

UE: *Dice Ileana de dicha novela: „Fuimos absolutamente responsables de nuestros actos..., era el espíritu de la época, y sólo habiéndolo vivido se nos puede comprender.“ ¿Qué es lo que ella pretende? ¿Des-responsabilizarse por lo ocurrido en el pasado?*

AA: No creo que Ileana pretenda des-responsabilizarse. Ileana y sus amigos no pretendían extender un modo de dominación, sino participar en un proceso liberador que entonces parecía posible. El espíritu de aquella época estaba marcado por ese élan romántico, mesiánico. La ética al uso era la ética de ser útil al prójimo, no la del bienestar o la felicidad individual que parece imperar hoy. A mí eso, francamente, no me parece mal. Al pasar los años, y fracasar aquellos proyectos, hay personas que se sienten estafadas: piensan que perdieron mucho tiempo de sus vidas en aras de ideas que eran falsas. Yo creo que, en lo esencial, aquellas ideas no eran falsas, y que estaban guiadas por ideales muy nobles. Para la América Latina el enfrentamiento con la política hegemónica de los Estados Unidos sigue siendo una necesidad de sobrevivencia, y el que los proyectos de los años 60 hayan fracasado no le quita a ello un ápice de verdad.

Ahora, sí hubo otras muchas manipulaciones, como las que padecieron los muchachos de mi novela. En última instancia, ellos fueron víctimas, no victimarios. Si le hicieron daño a alguien fue sobre todo a sí mismos. Hablo de la generalidad. La Miriam de *El libro de la realidad* es una persona engreída, egoísta. Estaba con Jorge porque él era un paradigma. Cuando él se derrumba, cuando él duda, lo deja sólo y lo cambia por Gonzalo, que es el nuevo paradigma, el jefe. El egoísmo de Miriam está, como te decía antes, por encima de proyectos o ideologías. Es parte de la condición humana.

El problema viene cuando conviertes a la ideología en fe. Yo creo en las ideologías, pero no en la fe. La fe no te permite dudar, te exige obediencia, te limita la ambición por el conocimiento. Y la política suele convertir a la ideología en iglesia, para exigir fidelidad de ojos cerrados.

UE: *Tanto en El Libro de la realidad como en el cuento Lista de Espera (En: Aire de Luz, Cuba: 1999) los personajes no sufren sólo por el fracaso de sus utopías, en partes hechas a base de sacrificios personales, sino también por el sentirse traicionados. ¿Es un leitmotiv detrás del cual se esconde la concienciación personal de Arturo Arango?*

AA: Ya hablé de esto más arriba, y ahora quisiera matizar un poco esas dos maneras de sentirse traicionado. En *El libro de la realidad* ellos se sienten traicionados porque no fueron a pelear a otras tierras, es decir, porque los

manipularon usando la fe. Estaban dispuestos a sacrificar sus vidas, su intimidad, su familia, por acciones más trascendentes, pero no para regresar a la tosca cotidianidad. Es como preparar a Aquiles para la guerra de Troya, y después decirle que emplee esas habilidades, y esa energía, cuidando las porquerizas.

Pienso que uno de los errores del socialismo fue utilizar la ideología como modo de coerción. En lugar de dinero, se usa la fe. Tanta fe demuestras, tantos beneficios sociales te corresponden. Uno de los resultados de ese uso de la ideología es la doble moral: no creo, pero simulo creer, actúo como creyente. Y, unido a ello, cierto tipo de enajenación, y de paranoia. Por otra parte, ¿qué ocurre cuando no hay proporción entre el sacrificio solicitado y el resultado obtenido? En Cuba, durante estos años, dos de las palabras más empleadas por el discurso oficial son sacrificio y heroicidad. José Martí, de quien ya te hablé, a fines del siglo XIX, cuando preparaba la guerra de liberación contra el dominio español (y también contra el imperialismo norteamericano, que se estrenaba en Cuba), le escribió a un jefe militar de las fuerzas cubanas: „Un pueblo no se funda como se manda un campamento“. Hemos vivido durante cuarenta y tantos años en ese estado de exaltación: todos los días una amenaza de guerra, y todos los días la apelación a cumplir una hazaña, a librar una batalla, realizar un sacrificio. Es devastador, porque el individuo necesita realizarse, normalizar esa cotidianidad siempre alterada.

Lo de *Lista de espera* es de otro orden, y tiene que ver con la sociedad civil. En el caso cubano, la sociedad civil, como tantas cosas, ha sido manipulada y demonizada. Como el Estado se empeña en centralizar, sus enemigos tratan de minar su autoridad desde espacios de la sociedad civil. Y entonces la reacción del Estado es negar la participación de la sociedad civil (cuyas instituciones, en casi todo el mundo, suelen cumplir funciones socializadoras), o permitir sólo organizaciones que responden a estructuras oficiales (creadas por la misma revolución). Y la gente tiene ganas de hacer cosas sin la tutela estatal. En *Lista de espera* los personajes, inmersos en aquella pobreza enorme, sin ningún tipo de bienestar material, comienzan a recomponer desde cero sus relaciones, y luego su habitat. Cuando empiezan a sentirse mejor, a redescubrirse a sí mismos, a readaptarse a las nuevas circunstancias, llegan los ómnibus y se dan cuenta de que han vivido en una ilusión: el papá ha estado todo el tiempo por encima de ellos, y la libertad de que creyeron disfrutar era falsa. En realidad, aunque un personaje habla de traición, yo no creo que haya habido tal. Nadie les prometió nada. Ellos se comenzaron a crear un mundo pequeño, humilde, pero distinto. Cuando comenzaron a creer en él, la burbuja reventó, y se reencontraron con la

realidad. Yo creo que eso apunta más a la desconfianza en las utopías que a ese sentido de traición por el que preguntas.

Ahora, si me preguntas a mí, no me siento traicionado en lo absoluto. Nunca confié ni creí en el socialismo real europeo. Nunca creí que el cubano fuera el mejor de los mundos posibles. Creí en la posibilidad de que ciertos procesos emancipadores pudieran extenderse y crecer, y eso no fue posible porque las cosas se hicieron mal y las circunstancias fueron adversas. Desde que tengo uso de razón pienso que el capitalismo es un sistema básicamente injusto, y sigo pensando de esa misma manera porque todos los días hay una demostración muy palmaria de las desigualdades profundas que crea, y que no es capaz de resolver. Me gustaría que la humanidad encontrara un modelo de sociedad donde se combinaran la libertad y la justicia social. Hasta ahora, las libertades de unos han conducido a la miseria del resto; o la defensa de la igualdad social ha provocado que sólo los que gobiernan gocen de ciertos espacios de libertad.

UE: *Dices en el prólogo a Segundas Reincidencias: „...si en las Primeras declaraba mi fervor generacional, esta vez quisiera insistir... en mi individualidad.“ ¿Qué pasó entre el 1987, la publicación de las Primeras Reincidencias, y el 2002, la publicación de las Segundas Reincidencias?*

AA: Pasaron quince años decisivos para la historia de la humanidad, lo que no es poca cosa. Pero los ensayos incluidos en *Reincidencias* proceden del momento en que mi generación literaria comenzaba a darse a conocer, en medio de muchísimas dificultades, lo cual, por otra parte, ocurre a casi todas las generaciones. Lo que importa es el carácter de esas dificultades. Entre 1984 y 1987 (que son las fechas aproximadas de aquellos textos), la cultura cubana comenzaba a abrirse, luego de unos años 70 muy restrictivos, muy dogmatizados. Los escritores que éramos jóvenes, por una parte, queríamos despojar a la literatura de la tutela paralizante de la política y la ideología, y por otra legitimar el impulso crítico de nuestra obra. Lo hacíamos en medio de muchísimos prejuicios. La mayoría creía en lo que la revolución significaba entonces, pero estábamos convencidos de que era imprescindible someterla a modificaciones. Casi todos los textos que aparecen en *Reincidencias* tienen detrás las conversaciones, los debates, de aquellos años. Muchos están escritos para defender un libro, o incluso una idea de la literatura. Éramos un grupo muy unido, siempre intentando nuevos proyectos, y alguno de esos ensayos lo escribí a solicitud de amigos, y lo que decía no eran sólo mis ideas, sino el resultado de esa efervescencia, de aquellas contaminaciones, sin duda fecundantes. Es un libro, además, que se ocupa de la literatura.

En las *Segundas reincidencias* reuní textos escritos en los 90: años sombríos, de miseria nacional, de incertidumbres, cambios, reacomodos. Había que volver a pensarlo todo otra vez, lo cual, para un intelectual, resulta siempre muy estimulante. También la pobreza del Estado y la caída del socialismo en Europa (en las ideas generadas en la Unión Soviética encontraban respaldo y aliento los dogmáticos cubanos) dio la posibilidad de otro aire en Cuba. Parecía que el Estado iba a descentralizarse, a dejar libres otros ámbitos para la sociedad civil. También los espacios para la expresión de ideas empezaron a crecer. Contradictoriamente, el Estado está haciendo lo posible por recuperar todo el poder perdido (que a la larga fue mínimo), pero los espacios de expresión, por el momento, han permanecido más abiertos. *Segundas reincidencias* es un libro que se ocupa más del contexto que del texto.

UE: *¿Cuáles son o eran los escritores que han influido en tu „educación literaria“?*

AA: En mi formación influyó muchísimo la literatura latinoamericana y, en menor medida, la norteamericana. Autores europeos participaron en mi formación en un momento anterior, digamos, a mi conciencia de escritor, lo cual no los hace menos importantes. Cuando llegué a Borges, a Rulfo, a Faulkner, ya había devorado a Verne, a Salgari, ¡a Conrad! Te darás cuenta de que cito autores en los que la imaginación es fundamental. Me interesa mucho más la creación de mundos posibles que la reproducción de los existentes. Ya sabemos toda la falsedad que hay en ambas proposiciones, y todos los encuentros y contaminaciones que existen entre una forma y otra de hacer literatura. Pero esos autores que he citado, y muchos otros, me enseñaron que lo que tiene sentido es la ambición. Que siempre, a pesar de uno mismo, se deja el testimonio de una época, de una realidad, de una historia. Por eso pretender el testimonio me parece una redundancia inútil. Lo apasionante de la literatura es la cantidad de ventanas que puede abrir, incesantemente, hacia otros espacios, los descubrimientos que puede incitar hacia el interior del ser. Esa aventura es la que me seduce como escritor y como lector.

UE: *El tema de la cotidianidad cubana y lo de la revolución son dos hilos conductores en sus obras antes mencionadas, incluso en Segundas Reincidencias, que es más bien una crónica o ensayos sobre varios temas culturales de Cuba. Aunque se trata de textos absolutamente logrados creo que podría contribuir al cliché que existe de la literatura cubana, por lo menos en cuanto a Alemania: o trata de la revolución o de la cotidianidad cubanas. ¿Qué opinas? ¿Es importante para ti transmitir lo cubano a tus lectores?*

AA: Lo que ocurre es que vivo en Cuba, y esta es la realidad que me duele más, la que me agrede o no, la que me salva o no, la que me estimula. Salvando las diferencias, es como preguntarle a Woody Allen por qué casi todo su cine ocurre en Nueva York. Las novelas de Faulkner son del sur de los Estados Unidos, las de García Márquez no suelen extenderse más allá del ámbito del Caribe, y Rulfo no salió de una región de un estado de México. Creo que es bastante común que un artista se ocupe preferentemente del entorno donde vive, y más aún un artista que vive en una isla.

Tampoco creo que esos libros participen de los lugares comunes que circulan en el mundo sobre lo cubano. Tengo la percepción, incluso, de que *El libro de la realidad* es una novela a destiempo, o a contracorriente. Trata sobre la revolución cubana, pero no es laudatorio, aunque tampoco la condena a muerte ni cuestiona su legitimidad. Se ocupa de Cuba, pero no del presente, es decir, no están los tópicos del baile, la mulata, la jinetera, el turista, la miseria. Es, de cierta manera, una novela histórica, pero en ella los contextos están difuminados, desvaídos (no hay una sola fecha, ni el nombre de un país, ni de una figura histórica). Puede leerse como una novela de formación pero no se relaciona para nada con mi biografía. Trata sobre la fe, y está escrita y publicada en tiempos donde predomina el escepticismo. Y, por último, sus personajes responden a esa ética de la utilidad para el prójimo de que te hablaba antes, mientras que hoy se impone la ética del bienestar personal. Bien mirado, no tendría ninguna razón para interesarle a un lector contemporáneo, salvo el hecho de que es una novela, y trata sobre esos seres humanos que seguimos siendo más o menos los mismos.

Acerca de lo cubano, pienso de ello lo mismo que Borges sobre los camellos en el Corán: lo cubano en mí es una fatalidad, no una voluntad. No me queda más remedio que ser cubano, de la misma manera que a Thomas Mann sólo le quedó la opción de ser alemán, y a Dostoievski, ruso. Ninguno de ellos escogió su nacimiento (yo tampoco), son lo uno y lo otro de una manera inevitable.

Lo cubano es una entidad de la cual se ha abusado mucho. Ideológicamente, como teleología: según esa tendencia, somos algo así como un pueblo elegido, destinado si no a salvar a la humanidad (lo cual nos queda grande), sí su honor (lo que nos sigue quedando grande, pero se supone que se trata de cuestiones del espíritu, y el nuestro es enorme). Se ha abusado de lo cubano de maneras más feas: para hacer negocios, ya desde la propaganda contra la revolución, ya desde el arte, ofreciendo esa imagen estereotipada que se espera sea lo cubano. Yo rechazo esas manipulaciones, y espero no haberme servido de ninguna de las dos.

UE: *¿Cuáles son las consecuencias que pueden tener las persecuciones del pasado marzo para un escritor que viva dentro de Cuba?*

AA: Quisiera hablarte primero de los sucesos de los meses pasados, porque creo que tienen dos caras. Una es la de los errores cometidos por el gobierno cubano al condenar a ese número de personas a largos años de cárcel con argumentos muy endebles (aunque es indudable que la mayoría de ellos está pagado por el gobierno norteamericano, y acepta sus órdenes), y fusilar a tres personas que secuestraron una lancha de pasajeros (aunque secuestrar una embarcación, tomar a sus tripulantes como rehenes y someterlos a peligros incluso de muerte son delitos que merecen condenas severas). Pero otra es la manipulación de que han sido objeto esos hechos. La importancia de esos acontecimientos ha sido totalmente deformada por la prensa, y por la propaganda de los enemigos de la revolución cubana. El mundo en que vivimos anda muy mal, y todos los días, en decenas de países, ocurren hechos más siniestros sin que las personas, los gobiernos e incluso los países reciban las condenas con que Cuba (no ya el Estado o sus líderes, sino el país mismo, la gente de a pie) ha sido castigada. Ya sabemos que error no enmienda error, pero si vamos a castigar, ejerzamos también la justicia en los castigos. A mí, francamente, me parece que invadir un país, provocar miles de muertos, devastar sus ciudades, someter a su pueblo, es infinitamente más grave que lo que hizo el gobierno cubano, y ningún país ha condenado a los Estados Unidos y a Inglaterra por invadir Irak.

En cuanto a los escritores y periodistas, no creo que haya consecuencia alguna, al menos de manera directa. Yo siempre he escrito y dicho lo que pienso, lo cual puede haberme traído (sobre todo en décadas pasadas) dificultades que no puedo calificar sino como menores. Hay otros que prefieren callarse, o simular. Pero yo no soy un opositor al gobierno, ni al sistema. Soy un escritor, una persona, que suele discrepar, porque se empeña en ejercer su oficio que se relaciona con el pensar, y con el dudar. ■

Ute Evers. Hispanista y traductora alemana. Se dedica desde hace algunos años a la literatura cubana.